

EL ESPÍRITU DE LA SOCIEDAD DE MARÍA

Supongo que, si desean encontrar la expresión esencial de la espiritualidad marista, la mayor parte de los maristas acudirá al artículo sobre “*El espíritu de la Sociedad*”, en los números 49 y 50 de las Constituciones 1872, insertado en las Constituciones actuales (nº 228) por el Capítulo General de 1985.

Probablemente acudirán también al número 1 de las Constituciones de 1872 (mil ochocientos setenta y dos). No cabe duda de que en esos textos se encuentra un legado especial del P. Fundador, si bien deberíamos mantener en mente la advertencia de Jean Coste cuando afirma que la Regla del Fundador “no puede reducirse a un cierto ‘espíritu’, cuya descripción –por muy hermosa que sea- no se hizo hasta bastante tarde, mientras que lo esencial había sido dicho ya en multiplicidad de detalles” (*Estudio sobre las primeras ideas de Juan Claudio Colin*)

1. Vivir la vida de María, respirar su espíritu

El número 1 de las Constituciones de 1872 –que empieza con las palabras *haec minima Congregatio* (esta mínima Congregación)- se inicia con el artículo primero sobre “*El nombre y el fin de la Sociedad*”. El texto se mantuvo básicamente sin cambios desde que apareció por primera vez en el *Epítome de las Reglas de la Sociedad de María* el año 1836 o algo después. Su estructura general y muchos de sus contenidos siguen el modelo de los primeros números de las Constituciones de los Jesuitas – conocidas por el P. Colin un poco antes- excepto una frase, la que dice “*Esta mínima Congregación... fue favorecida con este dulce nombre de Sociedad de María ... para que cuantos son admitidos en ella, recordando a qué familia pertenecen, comprendan la obligación que tienen de imitar las virtudes de esta excelsa Madre y de vivir incluso de su vida, sobre todo en humildad, obediencia, propia abnegación, mutua caridad y amor a Dios*”¹. Es una sentencia que no tiene paralelo en el texto de San Ignacio. Y nos muestra dónde hemos de mirar para encontrar el centro dinámico de vida y acción que lleve a vivir el evangelio según se nos pide a los maristas: “viviendo la vida de María”.

El P. Colin enumera cinco virtudes características de María: la humildad, la obediencia, la propia abnegación (virtud ésta añadida al texto por Colin cuando estaba preparando las Constituciones de 1872)), la mutua caridad y el amor de Dios. Nos dice que hemos de *emular esas virtudes*, “ser espejo el alma de María” podríamos decir nosotros. Mas el acento está puesto en “vivir la vida de María”: estamos llamados nada menos que a vivir la vida de la mujer de fe y de obediencia a la palabra de Dios, la mujer del Magnificat, la mujer de la que dijo el Fundador: “*cuando nace Jesús, le hace objeto de todos sus pensamientos, de todo su afecto. Después de su muerte, su único afán es que se extienda y se desarrolle el misterio de la Encarnación*” (HF 60, 1)

Parece obvio que con eso el P. Colin no está invitándonos a descubrir lo que hay de femenino en nuestro interior, por ejemplo ponerse en contacto con nuestra *anima*; posiblemente él no podía tener pensamientos de ese tipo. Ni nos está pidiendo

¹ Esa es la traducción del latín que aparece en la edición de las Constituciones de 1872, publicadas por orden del Cap. General de 1985. Es preferible la versión de las Constituciones de 1987: “*Para que... comprendan su obligación de emular las virtudes de esta Excelsa Madre y de vivir en cierto modo su vida.*”

desarrollar cualidades que se puedan tener por femeninas para contrabalancear los rasgos más masculinos. ¿Es especialmente femenina la humildad? ¿O la obediencia y la abnegación propia, o el amor a Dios y al prójimo? Puede ser que haya una manera característicamente femenina de practicar esas virtudes, pero ciertamente también hay un modo masculino de ser humildes, obedientes, desprendidos de sí mismos y de amar. El P. Colin no pide a los maristas que se afemenen; en absoluto. Al igual que la tradición espiritual a la que pertenece, probablemente no está pensando para nada en la personalidad de María, en su psicología o en su feminidad, sino en su participación en el plan divino de salvación. Es una criatura a la que Dios hace realizar necesariamente su proyecto y con cuyo **SÍ** lo pone en marcha. Desde entonces, su puesto está siempre al lado de Jesús: fue el apoyo de la iglesia naciente buscando su unidad; podía haber dado órdenes a los apóstoles, y se contentó con permanecer entre ellos ‘desconocida y oculta’; al final de los tiempos será igualmente el apoyo de la iglesia preparando al pueblo para el Señor. Ella es la única cuyas virtudes hemos de emular y cuya vida hemos de vivir –y hacerlo como hombres.

Permítasenos tomar ahora el número 49 sobre el espíritu de la Sociedad.

Este número entró a formar parte de la historia de las Constituciones bastante tarde, pues su forma más temprana se halla en las Constituciones de las Hermanas Maristas del año 1866 (mil ochocientos sesenta y seis). Lo recordamos todos: *Tengan siempre presente que, por elección gratuita, pertenecen a la familia de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, de quien les viene el nombre de maristas y a quien desde un principio eligieron como modelo y primera y perpetua superiora. Si son, pues, y anhelan ser de veras hijos de tan excelsa Madre, esfuércense constantemente en aspirar y respirar su espíritu: espíritu de humildad, de abnegación propia, de unión íntima con Dios y de ardiente caridad para con el prójimo. Deben en todo pensar como María, juzgar como María y como María sentir y obrar; de lo contrario serían hijos indignos y degenerados.*

Algunas cosas que aparecen tanto en el número uno como en el cuarenta y nueve son: pertenecer a la familia de María y llevar su nombre, y las virtudes de María, si bien la lista de éstas es ligeramente diferente: en el nº 49 no se menciona la obediencia, y la caridad y el amor de Dios toman una expresión más fuerte: “*unión íntima con Dios y ardiente caridad para con el prójimo*”.

Una sentencia del nº 49 tuvo su historia después del Capítulo del año 1872: Parece que quien revisaba en Roma las Constituciones que había presentado el Capítulo encontró demasiado atrevida la sentencia del “*deben pensar como María, juzgar como María y como María sentir y obrar*” y la cambió por el texto que los maristas de mi generación y los anteriores a ella aprendíamos de memoria en latín –*Mariam in cogitando, Mariam in loquendo, Mariam in omnibus operibus suis imitari contendant*– [procuren imitar a María en el pensar, en el hablar y en todas sus obras] No se trataba de un cambio puramente cosmético, pues alteraba básicamente el pensamiento del Fundador sustituyéndolo por una espiritualidad de imitación y de esfuerzo. En otras palabras: reinterpreta la espiritualidad coliniana como espiritualidad ascética: *procuren, esfuércense en, imiten a.....*

El pensamiento de Colin es bastante diferente, implica una espiritualidad mística: tenemos el espíritu de María –*aspirar y respirar su espíritu: ipsius spiritum haurire atque spirare*– y por eso podemos, debemos, queremos pensar como María, juzgar como María y sentir y obrar como María. Es el texto que había aprobado el Capítulo de 1872 y que volvemos a tener ahora de nuevo. Eso complementa el nº 1: porque tenemos el espíritu de María, vivimos la vida de María y reproducimos sus actos interiores y

exteriores, y, por supuesto, sus virtudes. Y lo hacemos no sólo en los momentos de oración y cuando lo recordamos, sino también en nuestro apostolado, en el que “seremos instrumentos de la misericordia divina”.

Pero ¿cómo podremos hacer eso? ¿Se puede entender un lenguaje así? ¿Cuál es el pensamiento del P. Colin? [Incidentalmente he de decir que no estoy de acuerdo con Jean Coste; véase mi artículo en FN 5,4 (2001) pp. 427-429)

2. François Guilloché

Creo que en algunos escritos de otro autor, al que había leído el P. Colin, se nos sugiere una respuesta a esas preguntas. Se trata de François Guilloché, ‘jesuita místico’ él también, aunque no discípulo de Louis Lallemand; en realidad es más afín a Pierre de Bérulle. Citaré dos pasajes de uno de sus trabajos, titulado *Maximes spirituelles*. Desgraciadamente, no sabemos con seguridad si el P. Colin leyó alguna vez este libro de Guilloché; en todo caso se han encontrado unos paralelismos asombrosos. Parece como si Colin estuviera pensando en la misma línea de Guilloché, hubiera o no una influencia directa de este autor en el Fundador.

El primer pasaje lleva este encabezado: “*Diferencia entre imitar a Nuestro Señor y revestirnos de Nuestro Señor*”²:

“Hemos de advertir.... que imitar a Nuestro Señor no es lo mismo que revestirse de Nuestro Señor. Lo imitamos cuando lo que realizamos lo hacemos a semejanza de lo que hacía él, y cuando, mediante nuestra propia obra, expresamos dentro de nosotros mismos lo que Él ha hecho interior y exteriormente, de tal modo que nuestra acción es, en sentido estricto, expresión e imagen del Señor”. Eso corresponde a lo que yo llamo ‘la vida ascética’.

“Pero revestirse de Jesucristo es la apropiación y aplicación de sus acciones y así no es tanto lo que yo hago cuanto la aplicación de las acciones de Jesús a mi mismo; de ese modo lo único que le queda al alma es ofrecer al Eterno Padre las mismas adorables acciones para complementar las personales de uno mismo”.

Este pasaje –en el que Guilloché hace uso de una conocida frase de San Pablo (cf. Rom. 13,1)– ilustra la diferencia a la que me referí hace un momento entre el parecido a Jesús, alcanzado mediante la imitación, y el parecido que emana de la fuente mística. Es cierto que Juan Claudio Colin nos habla a veces de “imitar a María”, pero no creo que esa expresión deba ser interpretada tan estrictamente como para excluir la interpretación mística. Es interesante, al respecto, la cita del P. Mayet en la que aparecen juntos los términos “imitar” y “revestirse”:

“*Luego, el reverendo padre habló de la suerte que teníamos al poder llevar el nombre de María y del afán que debemos tener por imitarla [...] Ese es nuestro modelo. Revestirnos de su espíritu*” (HF 182,60)

Esos nos lleva al segundo pasaje de Guilloché, así encabezado: “*Todo cristiano tiene la obligación de ser animado por el Espíritu de Jesús en todo lo que hace*”³

“Ésa es la finalidad de la cristiandad, como la de Jesús que tuvo la de animarnos a nosotros con su Espíritu y hacer que El solo fuera nuestra vida. Todas las buenas obras que hacemos o para el prójimo o para nosotros mismos... no son... el objetivo último que buscó Jesús sino que viviéramos su vida divina; sin eso, y teniendo todo lo demás, seremos cadáveres vivientes; con ello, y sin nada de todo el resto, estaremos en cierto modo divinizados...”

² Tomo II, libro III, máxima XII, 1

³ Tomo I, libro III, máxima XIII, cap. 1, 1

“Si somos verdaderos miembros de Jesús, nuestra cabeza, como nos dice San Pablo,... habremos de ser animados únicamente por su Espíritu. Ese Espíritu divino deberá estar tan vivo en nosotros, y en las cosas más insignificantes, que anime nuestras palabras, nuestros enfoques, nuestra manera de ser, nuestras actitudes, y así se podrá decir de nosotros que nos comportamos como Jesús, que hablamos como Jesús, que obramos como Jesús, y que nuestra vida es igual que la vida de ese admirable Salvador”.

3. Transposición mariana

Oigamos de nuevo a Juan Claudio Colin en el número cuarenta y nueve de las Constituciones de mil ochocientos setenta y dos (Const. 1872, n° 49):

“Si son, pues, y anhelan ser de veras hijos de tan excelsa Madre, esfuércense constantemente en aspirar y respirar su espíritu... Deben en todo pensar como María, juzgar como María y como María sentir y obrar...”

El paralelismo de vocabulario y de pensamiento es asombroso. En realidad, parece que el P. Colin solamente tuvo que hacer lo que yo llamaría “transponer a María” el lenguaje utilizado por Guilloré para Jesús, y llegar así a la tan conocida sentencia de sus Constituciones: vivir la vida de María, respirar su espíritu, pensar, juzgar, sentir y obrar como ella. Tal transposición mariana va ya implícita, evidentemente, en el mismo nombre de Sociedad de María.

Pero inmediatamente surge una dificultad: ¿Es legítima tal transposición mariana? ¿Se puede aceptar realmente la transposición del ‘vivir la vida de Jesús’ por ‘vivir la vida de María’, ser ‘animado por el espíritu de Jesús’ por ‘aspirar y respirar el espíritu de María’, ‘portarse, hablar, pensar y obrar como Jesús’ por ‘pensar, juzgar, sentir y obrar como María’? Al fin y al cabo, San Pablo nos recuerda (Gal. 3,27) que *“todos los bautizados en Cristo se han revestido de Cristo”*. Nuestra identidad cristiana nos viene primero y fundamentalmente de nuestro bautismo: toda la vida cristiana, incluida su floración mística, es una evolución de la gracia bautismal. El bautismo no ‘nos reviste de María’. En el bautismo no recibimos la vida de María o su identidad.

El P. Colin nunca trató ese problema, y no sé si De Bérulle o Guilloré lo hicieron. Pero podrían haber dicho algo así: si el bautismo nos hace semejantes a Cristo, de modo secundario y derivado nos asemeja a María, que es quien más se asemeja a Cristo; al fin y al cabo, el espíritu de María es el espíritu de Jesús, que es el Espíritu de Dios. Y así, ‘aspirar el espíritu de María’ es ‘estar animado por el espíritu de Jesús’. De hecho, el P. Colin nos dice en varias ocasiones que el espíritu de María es el espíritu de Jesús (HF 176,3; cf. también 188,17...) En cualquier caso, de lo que podemos estar seguros es de que no intentó sustituir a Jesús por María: se puede ver en sus mismas palabras. Gracias al P. Mayet tenemos pasajes en los que el P. Colin utiliza un lenguaje similar para hablar de Jesús solo y de Jesús y María juntos. Son textos que datan de 1842.

En el primero (HF 45. 1), el Fundador, hablando con el P. Eymard, le dice: *“Usted ha de revestirse de Nuestro Señor, hacerlo todo por El, como si fuera usted cuerpo de su cuerpo, alma de su alma”*. El segundo (HF 55) forma parte de su exhortación al Capítulo General: *“Debemos amar todo lo que Cristo amó y aborrecer todo lo que El aborreció. Esa conformidad con los sentimientos y la vida entera de Cristo deben ser motivo de meditación para toda nuestra vida, ‘mihi mundus crucifixus est et ego mundo’ (Gal. 6,14).*

Al hablar de la conformidad con los sentimientos de Jesús, el P. Colin está usando claramente un vocabulario similar al utilizado por Guilloré, lo que implica a la vez una espiritualidad mística semejante: ser cuerpo de su cuerpo, alma de su alma, amar y

aborrecer lo que El amó y aborreció. En otras palabras, hemos de vivir la vida de Jesús, ser animados por su Espíritu, amar como El ama.

Veamos ahora otro pasaje, tomado de las palabras que dirigió al Capítulo General del año mil ochocientos cuarenta y dos (1842). Se encuentra en las Memorias de Mayet 1, 722), no en Habla un Fundador:

“Por estado y por obligación tenemos el deber de seguir a Jesucristo y a su divina Madre. Ojala que todos nuestros pensamientos, mociones de corazón y andares sean dignos de nuestros augustos modelos. Vivamos su vida, pensemos como ellos piensan, juzguemos las cosas como ellas las juzgan; estemos de tal modo unidos a ellos por la oración que nunca los perdamos de vista y que el mundo, con su falsa gloria, pueda ser para nosotros lo que fue para el apóstol: mihi mundus crucifixus est et ego mundo. Solamente así, mis venerables hermanos, podremos hacer la obra de Dios; sólo así seremos instrumentos de su divina misericordia a favor de los otros y llevaremos adelante el trabajo excelso de la perfección”

Si hubiera algún lugar donde apareciera una síntesis de la espiritualidad apostólica de Colin, ese lugar sería éste. Esas palabras podían haber salido de los labios de De Bérulle o de alguno de sus discípulos.

A la luz de estos textos, el que la “transposición mariana” pasase de Guílloré a las Constituciones de Colin parece menos escabroso. Podemos ver cómo, en momentos distintos, el P. Colin pide a los maristas que vivan la vida de Jesús, la vida de Jesús y de María, o la vida de María. Y puede decir que hemos de sentir, juzgar y obrar como Jesús, como Jesús y María, o simplemente como María. ¿Se puede expresar con viveza mayor el principio de De Bérulle: ‘cuando hablamos de ti, María, hablamos de Jesús’? Aunque podamos encontrar cierta dificultad al hacer nuestra una transposición así, no cabe duda de que la espiritualidad de Juan Claudio Colin está centrada y enraizada en Cristo. Dicho de otra manera: su espiritualidad mariana es cristocéntrica.

Lo cierto es que, en el legado final dejado a la Sociedad, el P. Colin habla de vivir la vida de María, de respirar su espíritu y reproducir sus virtudes, de pensar, juzgar, sentir y obrar como María. Y con ello nos dice dónde han de encontrar los maristas el centro dinámico de vida y acción, con referencia al cual han de vivir el evangelio. Al mismo tiempo, sólo después de haber reconocido la “transposición mariana” podemos comprender las palabras de nuestro Fundador, relacionadas con la tradición que viene de Pierre de Bérulle, que ve la vida espiritual como la unión cada vez más estrecha con Jesucristo y la semejanza con Jesús. Para los maristas eso se traduce en ‘unión cada vez más estrecha con María’ –y por lo tanto con Jesús– hasta el punto de llegar a tener sus mismas actitudes interiores, manifestadas en acciones exteriores similares a las de María. Como ha escrito Craig Larkin, el marista participa de la relación de María con Dios, con el mundo, con la gente y particularmente con la Iglesia

4. Revestirse de Jesucristo

Jean Coste se lamentaba de no haber escrito un artículo sobre ‘Jesucristo en la espiritualidad coliniana’: parecía tener miedo a que muchos maristas quisieran referir todo exclusivamente a María, como si se tratara de una especie de sustitución de Jesús, mientras otros maristas –muy recelosos– llegaban a veces a evitar referirse a María.

La realidad es que el Fundador les dice frecuentemente a los maristas que estén unidos con Jesús y que se revistan de El, especialmente en el ejercicio del ministerio sacerdotal.

Hace un momento veíamos lo que le decía al P. Eymard (HF 45, 1): *“Usted ha de revestirse de Nuestro Señor, hacerlo todo por El, como si fuera usted cuerpo de su*

cuerpo, alma de su alma". Y a continuación le dice: *"como su vida es una vida de acción, al revestirse usted de Jesucristo gozará siempre de paz y hasta su alma se hallará constantemente ocupada en una oración apacible. Usted no puede hacer muchos ejercicios de piedad; pro manteniéndose muy unido al Señor, eso mismo vendrá a remplazar todo lo demás. Lo verá todo en El: sus niños, sus ocupaciones, su misma persona; ésta es cosa harto importante"*. Tenemos ahí resumida una profunda espiritualidad del apostado, en la que la unión con Cristo es el punto central.

Oigamos de nuevo al Fundador alentando a los miembros del Capítulo General de 1842 (HF 56,4):

"Pero cuando uno conoce perfectamente quién es el que llama, cuando uno se percata de que Dios está por doquier con nosotros (Ego sum tecum Ex. 3,12), entonces ¿qué es lo que debemos temer? ¿No es acaso la vida más noble y la más digna aquélla que nos hace compartir la misión misma del Verbo Encarnado? Revistámonos de Jesucristo y para ello luchemos con toda nuestra alma para que El trabaje en nosotros; hay que arrinconar al hombre. Por eso mismo, al subir al púlpito, conviene preguntarse; ¿Quién soy yo para anunciar a esas almas la Buena Nueva, para repartirles el pan de la Palabra de Dios? ¿Para qué he subido al púlpito? Únicamente para hacerlos hijos verdaderos de Jesucristo. Para alcanzar la bendición de Dios sobre nuestro ministerio, pidan a María que nos lleve de la mano en todo. Indícame, Virgen Santísima, la voluntad de tu divino Hijo. Dicho eso no tengo ya ningún miedo..."

Hallamos ahí la esperada referencia a María, pero como la mujer que nos muestra la voluntad de su Hijo; recordamos aquellas palabras de la Virgen en Juan 2, 5: *haced lo que El os diga*. Nos santificamos con El.

Algo similar, esta vez sobre el sacramento de la reconciliación (HF 102,27):

"En el confesionario es donde se requiere dejar de ser hombre y, para expresarlo debidamente en una sola palabra, en el confesionario nos revestimos de Jesucristo. No estamos allí como hombres, ya que ¿quién podría arrogarse, como hombre, el derecho de penetrar en lo más íntimo de las conciencias? ¿Quién tendría el poder de perdonar los pecados? Dios, y sólo El. Debe el confesor hallarse, por consiguiente, como el mismo Dios, con un oído pendiente y con el otro escuchando a Jesucristo. Porque es El quien está escuchando por medio del confesor. Revistámonos, pues, de lo que Jesucristo siente por los pecadores, de lo que sintió por María Magdalena, por la Samaritana. Cristo es mi modelo. Cristo será el que hable por mis labios".

En esta ocasión, el P. Colin habló sobre la unión con Cristo con palabras que le acudían sugeridas por el párrafo de Juan 15, 1-6 (HF 134,1):

"Es menester que los misioneros, que todos los maristas, sean personas incrustadas en Cristo y que no tengan más movimientos que los de Cristo mismo, lo mismo que los sarmientos unidos a la cepa no tienen vida diferente a la que les comunica la savia que les llega de la cepa. Si se los separa de esa savia, de esa cepa, perecen". Podría haber añadido: 'el que permanece en Cristo y Cristo en él, ése da mucho fruto'.

Vemos finalmente el precioso texto de HF 160,6, que recapitula gran parte de lo que hemos estado ofreciendo:

"Lo repito: ningún método distinto a los que enseñó Jesucristo a sus discípulos será capaz de cambiar a este mundo. Meditemos, pues, sobre esos medios durante este retiro inapreciable. No salgamos de este retiro sino muertos a nosotros mismos, viviendo de la vida misma de Jesucristo, de la vida de los apóstoles: vida de abnegación y de cruz. Por eso se han hecho ustedes misioneros"

Estas citas bastan para mostrar que la espiritualidad coliniana no es exclusivamente mariana. Vivir la vida de María, respirar su espíritu, emular sus

virtudes: ahí está el centro dinámico de vida y acción, con referencia al cual los maristas han de vivir el Evangelio. Pero, al mismo tiempo, el Evangelio no queda reducido a esa esencial y característica referencia. María no reemplaza a Jesús.

5. Desconocidos y ocultos

Si buscásemos la quintaesencia de la doctrina espiritual del P. Colin, creo que acudiríamos a la frase final del segundo párrafo del artículo sobre el espíritu de la Sociedad: “... *ignorados y como escondidos en este mundo*”⁴. Es una expresión constantemente repetida en las charlas y escritos del P. Fundador en su formulación completa o bien –y con mayor frecuencia– en la formulación reducida de “desconocidos y ocultos”. En las Constituciones escritas en latín, los dos adjetivos aparecen en plural – *ignoti et occulti* – refiriéndose a todos los maristas; pero en el francés del P. Colin aparecen más veces en singular.

En una de las pláticas anteriores, les dije que en un pasaje de Surin había tropezado con la expresión “desconocido y oculto”. Hela aquí:

“La contemplación es una operación con la que el alma mira la verdad universal. Es propio de esa operación ser muy sencilla e indeterminada, permanecer pacíficamente ante algo que es más *desconocido y oculto* que revelado y conocido. Lo superior, está; lo más, es confuso; y cuando, por nociones sobrenaturales, el alma conoce cosas clara e inconfundiblemente manifestadas, continúa quedando algo *desconocido y oculto*, que es más valorado y que es el mejor objeto de aquello que lo prueba” (*Catéchisme spirituel, contenant les principaux moyens d'arriver à la perfection*, t. 1, p. 107 (II, II), citado por Bremond, t. 5, p. 292)

En ese texto, lo desconocido y oculto es Dios. El “Dios escondido” [*Deus absconitus* cf. Is. 45,15) es un tema frecuente de los escritos místicos. Me conmoví al caer en la cuenta de que la descripción de Surin sobre Dios como ‘desconocido y oculto’ en la oración, converge con las palabras finales de Jean Coste sobre este tema, aunque no parece que el P. Coste conociera el origen de la expresión *ignoti et occulti*. En el retiro que dio en Valpré en agosto de 1988 [*Una visión mariana de la Iglesia*, p. 470 f) decía:

“Personalmente, pienso que la vocación marista queda toda ella resumida desde el principio en el “*ignorados y ocultos*”, en la comprensión –en todas sus dimensiones– del misterio del Dios oculto, en la aceptación de esos aspectos conjuntos del Dios oculto; lo cual implica comprender desde dentro el fenómeno de la secularización, lleva consigo la solidaridad plena con la gente para la que Dios está oculto (en gran parte debido a nosotros), y significa a la vez tener fe en el Dios escondido de los místicos, una fe lo suficientemente real como para que esa otra gente pueda acudir a él y calmar su sed”

Y sucede que Surin emplea en sus escritos más de una vez la expresión “desconocido y oculto”. No son solamente tres palabras aplicadas, además, a otras realidades del ‘Dios escondido’ de los místicos, pues las encontramos también en conexión con frases que recuerdan, y contrastan al mismo tiempo, con la segunda parte de la expresión coliniana ‘*en este mundo*’.

No nos sorprende verlas utilizadas para hablar de la vida de Jesús en Nazaret: “después de lo cual, comenzó una vida *escondida y desconocida para el mundo* durante cierto tiempo, hasta que empezó a mostrarse en público” (I, II, 3,1)

También otras personas cristianas pueden ser ‘desconocidas y ocultas’: “... Y notemos que, habiendo sido elevados a la contemplación –esa mirada sencilla y la

⁴ Para ver las reflexiones más recientes sobre esta expresión véase P. J. Bearsley, “*From Asceticism to Kenosis*. Evolución en la comprensión marista del “Desconocidos y ocultos” FN 2000 pp. 69-94.

celestial degustación, se han visto así sepultadas en Dios, y *escondidos en el mundo*, verificando de esa manera lo que dice el apóstol: *mortui estis, et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo* (Gal 3,3)...” (I, III, 6)

La espiritualidad de Colin queda bien reflejada al comparar las expresiones de Surin con la del P. Fundador, para quien los maristas tienen que parecer ‘como escondidos para el mundo pero estando en el mundo, en el cual –podemos añadir nosotros- Dios está escondido. Nuestra comprensión del *ignoti et occulti* queda al mismo tiempo realzada al ver en Surin (y en otros autores) la riqueza de su contexto. No estamos ante una simple estrategia para el ejercicio del apostolado; o mejor dicho, sí es una estrategia porque es la clave de la unión con Dios, que está desconocido y escondido en la contemplación, y es también la clave para la identificación con Jesús y María, desconocidos y ocultos en Nazaret. En el contexto del *ignoti et occulti* del número cincuenta (50) de las Constituciones de 1872, queda expresado lo que significa para Colin ‘ser contemplativos en la acción’: “...*unan a las obras de celo el amor a la soledad y al silencio, de tal suerte que, aunque deban dedicarse a diversos ministerios para la salvación de las almas, aparezcan, sin embargo, ignorados y como escondidos en este mundo*”

6. La práctica de la espiritualidad marista

Al concluir esta larga respuesta a la pregunta sobre lo que es la espiritualidad marista ustedes podrían preguntarse: “Muy bien, ¿pero cómo se alcanza la espiritualidad marista? En la práctica ¿qué es eso de ‘la espiritualidad marista’? ¿Cómo se aprende?”

La espiritualidad que hemos estado analizando ha sido tejida con varios hilos, entre los que hemos identificado el de Ignacio de Loyola, el de Pierre de Bérulle, de Louis Lallemant, de Jean-Joseph Surin y de François Guilloché. Esos hilos, y otros más, fueron entretejidos en una sola fábrica –la de Juan Claudio Colin– mediante la oración, la reflexión y la experiencia vital. ¿Cómo ha tratado el P. Colin de traspasar a los maristas el género alcanzado en esa fábrica?

San Ignacio dejó a sus seguidores los *Ejercicios espirituales*; otros fundadores dejaron importantes tratados espirituales, como el P. Chaminade a los marianistas. Nuestro fundador no dejó ninguna síntesis, tratado o manual alguno, y sería un atrevido el marista que se ocupara de proporcionárnoslo. Sin embargo, no nos dejó sin nada; nos legó una *Regla*. Una regla que había de ser mucho más que un simple conjunto de normas, como la de San Benito; una regla, norma de vida, que nos llevara a la santidad.

La regla del P. Colin subsiste en unos cuantos textos y culmina en las Constituciones de 1872. Aparece también en muchas observaciones de Colin, recogidas por el P. Mayet, como cuando dice “esto está en la regla” o “esto estará en la regla”. Aunque no haya observaciones de ese orden, cuando el P. Fundador habla, a menudo lo hace comentando la regla. Y es que la regla no estaba limitada a un texto escrito, sino que quedó como palabra viva. Creo que esa palabra viva nos es dirigida aún hoy a nosotros y que tiene la potencialidad de llevarnos a la santidad enseñándonos cómo ser maristas. Por eso, la charla final versará sobre la Regla del Fundador.

En ella veremos que, como decía Coste en la cita con que comenzábamos esta plática, la Regla del Fundador “no puede reducirse a un cierto ‘espíritu’ cuya descripción –por muy preciosa que sea- no tuvo lugar hasta bastante tarde, mientras que lo esencial había sido dicho ya en multiplicidad de detalles”.

“La espiritualidad marista –como Dios- está en los detalles” (frase atribuida al arquitecto Ludwig van der Rohe).